

LA CUESTIÓN DE LA ANTIGÜEDAD
DEL HOMBRE AMERICANO

POR R. VIGNAUD

Presidente de la Sociedad de Americanistas de París

(Traducción de la Señorita Delia R. Romero)

La cuestión de la antigüedad del hombre americano es una de aquellas que más han ocupado al Bureau Etnológico de Washington, donde nada se ha omitido para profundizarla y hacerla conocer bajo su verdadero aspecto.

Con este objeto, esta hermosa institución, á la que se deben tan numerosos y notables trabajos, ha emprendido en repetidas oportunidades investigaciones profundas y algunas veces ha costeado excursiones científicas que, bajo la dirección de sabios autorizados, han visitado las localidades donde se había constatado la existencia de esqueletos, cráneos ú otros despojos huesosos atribuidos al hombre primitivo, y han estudiado con atención, no solamente esos restos osteológicos, sino, además, los terrenos donde han sido recogidos y las condiciones en que han sido hechos esos hallazgos.

Estas investigaciones se clasifican, naturalmente, en dos grandes categorías, según se trate de huesos encontrados en una ú otra de las dos Américas.

El primero de los dos volúmenes cuyos títulos se dan aquí (1) solo se relaciona con América del Norte. Es un informe redactado por Ales Hrdlicka, uno de los antropólogos más competentes del Bureau de Etnología, y, ciertamente, el miembro que más ha dedicado toda su atención á este género de estudios.

En una corta introducción, este sabio recuerda las precauciones que se deben tomar en las excavaciones que tienen por objeto las investigaciones de restos osteológicos antiguos; explica las numerosas causas de errores que ellas pueden ocasionar y hace notar, con razón, que la antigüedad de restos de ese género no puede ser determinada con certeza, sino según las condiciones estratigráficas en las cuales han sido hallados y bajo pruebas incontrastables de fosilización verdadera.

Sigue una enumeración muy exacta de todos los casos conocidos hasta el día en que se creyó reconocer huesos que habían pertenecido al hombre paleolítico. Esos hallazgos han sido 14; la lista completa es la siguiente:

1.º—El esqueleto de Nueva Orleans, encontrado en 1844 por el Dr. Dowler. No existe.

2.º—El esqueleto de Quebec, mencionado en la obra de Nott y de Gliddon *Types of Mankind*, 1854. No existe ó no se puede hallar.

3.º—La mandíbula del lago Monroe, hallada en 1852, por el conde Pourtales y mencionada por Agassiz y Lyell, pero que después ha desaparecido.

4.º—La pelvis de Natchez, recogida en 1846 por el Dr. Dickenson en el *loess* del Mississipi. Examinada por E. Schmidt y por Jos. Leity, que se manifiestan escépticos.

5.º—El esqueleto de Soda Creek, encontrado en 1860 por unos mineros en el Colorado. Ha desaparecido.

(1) Ales Hrdlicka. *Skeletal remains suggesting or attributed to early man in North America*. — Bureau of American Ethnology — Bul. N.º 33. Washington, 1907.

—*Early man in South America*. En colaboración avec W. H. Holmes, Bailey Willis, Fred. Eng. Wright, et Clarence N. Fenner — Bul. N.º 61. Washington 1912.

6.º—Las osamentas de Charleston, halladas por el profesor F. S. Holmes en la orilla del Ashley. Sólo son ya conocidos por informes de los periódicos y no se encuentran en el Museo de Charleston.

7.º—El cráneo de Calaveras, descubierto en 1866 en el condado de Calaveras, en California. Hoy se encuentra en el Peabody Museum.

8.º—El cráneo y la mandíbula de Rock Bluff, en Illinois. Encontrados en 1866. El cráneo se halla en el Peabody Museum: parece haber pertenecido á un individuo de un tipo inferior.

9.º—Los huesos del hombre de Peñón, descubiertos en 1884 en un montecillo llamado así, cerca de México.

10.º—Los dos cráneos de Trenton, descubiertos con otros huesos de 1889 á 1899 en el valle del Delaware, cerca de Trenton, en el estado de New Jersey. Esos cráneos han sido descritos muchas veces y han sido objeto de muchas controversias. Pertenecen hoy al Peabody Museum.

11.º—El fémur de Trenton, descubierto en 1899 por M. Volk. Se carece de informes sobre este objeto, que no ha podido ser todavía estudiado convenientemente.

12.º—El esqueleto de Lansing, descubierto en 1902, cerca de Lansing, en Kansas. No se tiene sino informes incompletos de las condiciones en que ha sido hallado.

13.º—Las osamentas fósiles de la Florida Oriental. Encontradas en fragmentos, en 1871 y en los años siguientes.

14.º—Los cráneos de Nebraska, descubiertos en 1894 y en 1906. Se les ha dado mucha importancia. Aunque la mayor parte de esos hallazgos se presentan en condiciones que les quitan todo valor, M. Hrdlicka ha estudiado su historia concienzudamente, y en lo que concierne á aquellos que han llamado más la atención, ha multiplicado las investigaciones: reuniendo los documentos donde han sido mencionados por la primera vez, consultando los testigos oculares de su descubrimiento que existían todavía, examinando las piezas mismas y visitando sus yacimientos originales.

De los cráneos llamados de Trenton, se ha ocupado de una manera especial. No pone dificultad alguna en recono-

cer que difieren completamente de Indios de la región, como también que pertenecen á una raza que no se puede identificar. Sin embargo, no admite que esta raza sea prehistórica y cree reconocerlo en esos hombres de cráneos cortos que Virchow ha descrito, y que habitaban hacia el X siglo, el Noroeste de la Europa, y algunos de los cuales, al menos, debieron más tarde formar parte de las emigraciones suecas en la región del Delaware. Parece que hay allí una hipótesis un poco aventurada y que toma toda su fuerza con el solo hecho que no se ha encontrado, en América, otros cráneos de ese carácter, lo que autoriza á creer en una excepción.

Por lo que concierne al esqueleto de Lansing, al cual muchos geólogos han atribuido una antigüedad prehistórica, M. Hrdlicka, que ha inspeccionado el yacimiento donde ha sido descubierto, y que ha dado una descripción minuciosa del esqueleto mismo, no vacila en decir que es idéntico á los de los Indios de nuestros tiempos.

En fin, los cráneos de Nebraska, á los cuales se ha atribuido una gran importancia y que son considerados por muchos sabios como pertenecientes á hombres de un tipo inferior, habiendo vivido en los tiempos prehistóricos, no le parece que debieran ser considerados así. Según él, los caracteres de inferioridad que presentan son excepcionales, é indican, más bien, casos individuales de degeneración. Además, cabrían algunas incertidumbres sobre la naturaleza de los yacimientos en los cuales fueron encontrados.

A pesar de estas reservas, que M. Hrdlicka acentúa tan claramente, deja ver, sin decirlo explícitamente, que en lo que concierne á los cráneos y huesos de Nebraska, por lo menos, y quizás también relativamente á los de Trenton, se puede tener algunas dudas sobre el modernismo que él les atribuye, lo que no le impide concluir que no hay trazas auténticas de la existencia del hombre prehistórico en la América del Norte.

Esta afirmación perentoria, que data de estos últimos años, no ha sorprendido mucho á los sabios americanos. Ahora veinte años los habría indignado, tan profundamente

grabada estaba en esta época la corriente de las ideas en favor de la gran antigüedad del hombre americano.

Con los grandes progresos que han hecho los estudios antropológicos, filológicos y arqueológicos desde entonces en los Estados Unidos, estudios á los cuales el Bureau de Etnología de Washington ha dado tanto impulso, y que parecen converger todos hacia una solución contraria á la tesis en boga de la evolución del hombre americano, el escepticismo se manifiesta á este respecto, y el número de los que buscan su origen en otra parte que en América, es considerable entre los sabios cuya opinión en estas materia es digna de ser tomada en cuenta.

Sin embargo, admitiendo que la cuestión estuviese resuelta para la América del Norte, no lo estaba, ni aun para los Miembros del Bureau de Etnología, en lo que concierne á la América del Sur: allí se encuentran, en efecto, sabios cuya autoridad en estas materias es á justo título muy considerada, que afirman haber constatado pruebas indiscutibles de la existencia del hombre paleolítico en esta parte del Nuevo Mundo. Estas afirmaciones que se han producido en repetidas ocasiones y que parecían apoyadas en razones admisibles, han determinado al Bureau de Etnología á proseguir sobre este punto una investigación semejante á la hecha para la América del Norte. Fué una vez más M. Hrdlicka encargado de dirigirla; tuvo lugar en 1910 y en más grande escala que la precedente. Cargados de recomendaciones que son necesarias en país extranjero y proveídos de recursos financieros indispensables, él y M. Bailey Willis, geólogo del Gobierno americano, partieron para la Argentina con la misión de darse cuenta por ellos mismos de la exactitud y del alcance de los hechos avanzados. Fueron recibidos uno y otro obsequiosamente por los sabios argentinos. Los señores Ameghino, Ambrosetti, Lehmann-Nitsche, Moreno, Outes, Roth y otros, se pusieron cordialmente á su disposición. Se les hizo ver todas las muestras que habían sido recogidas y se les acompañó hasta los lugares mismos de las excavaciones.

Aunque esas excursiones científicas, que se extendieron á

diferentes partes de la América del Sur, hayan durado muchos meses MM. Hrdlicka y Willis, lo mismo que sus colaboradores oficiosos argentinos, que se multiplicaron por ayudarles, no tuvieron el tiempo necesario para llevar á fondo los estudios que hubiesen sido necesarios hacer. Pero, aunque reconociendo este hecho, M. Hrdlicka asegura que M. Willis y él se han dado cuenta suficientemente del estado de las cosas para expresar una opinión firme sobre la cuestión de la antigüedad del hombre en la América del Sur. Esta opinión es netamente contraria á la de los sabios argentinos, especialmente á las ideas expuestas con tanto ardor y tan grande convicción por el profesor Ameghino.

Antes de manifestar en su informe la cuestión desde el punto de vista antropológico, que es el principal, el jefe de la expedición deja la palabra á su colaborador, el geólogo Willis, quien dice después de haber hecho el examen, que puede declarar que ninguna de las indicaciones suministradas por la geología, confirma las hipótesis de Ameghino relativamente á la existencia en las pampas de la Argentina, en la época del Plioceno, de su *Homo Pampaeus* ú *Homo Prothomo*.

Pasando en seguida al estudio de la industria de la piedra á lo largo de la costa de la Argentina, que Ameghino cree que corresponda á la época paleolítica, M. Hrdlicka constata que esta atribución más que atrevida, ha sido contestada por M. Outes, lo que le valió á ese joven sabio una réplica amarga, aún hiriente, del célebre profesor argentino, y declara que después del examen, él también se ve obligado á apartarla. Los despojos de esta industria que él y Willis han recogido en el lugar mismo y llevado á Washington, no son, él nos lo asegura, de una gran antigüedad, y no pertenecen, en todo caso, á ninguna época geológica. El profesor Holmes, una autoridad en estas materias, confirma este juicio en todas sus partes.

Llegando á lo que hace el objeto esencial de su misión, el examen de las pruebas osteológicas de la existencia del hombre paleolítico del Sur, M. Hrdlicka comienza por la que se ha sacado de los restos de animales y de hombres descubiertos en la caverna de Lagoa Santa, en el Brasil.

Esos restos señalados por la primera vez en 1840 por P. W. Lund, que escribió á C. C. Raft, y se ha ocupado en muchas ocasiones de este asunto, no eran considerados por él mismo, originariamente, como denotando la existencia del hombre en la época en la que vivían las especies desaparecidas, pero el lenguaje que emplea en sus últimas cartas parece indicar que había modificado su opinión, aunque sus expresiones sobre este punto no sean suficientemente explícitas. Sea lo que fuere, Quatrefages juzgó en 1879 que según Lund mismo, el hombre de las cavernas de Lagoa Santa había sido contemporáneo de las especies desaparecidas; pero esta interpretación de las miras de Lund ha sido contestada por Lutken en el Congreso de Stokolmo en 1833, y, desde entonces, otros han formulado sobre ese punto reservas análogas, notablemente Kate, en 1866, y Soren Hansen, en 1888.

M. Hrdlicka, que se extiende largamente sobre esta controversia, nota, con satisfacción, que nuestro colega y amigo el Dr. Rivet, que también se ha ocupado seriamente de esta cuestión y que ha mostrado que los elementos étnicos del tipo de Lagoa Santa podían reconocerse en los restos de antiguas sepulturas del Ecuador, guarda una profunda reserva sobre la edad que se le podía atribuir á ese tipo.

Tomando entonces una á una las razones que han hecho decir que los cráneos de Lagoa Santa eran de hombres que habían vivido en los tiempos paleolíticos, M. Hrdlicka los somete á una crítica severa y declara que no hay ninguna razón que pueda justificar esta aserción airada, que el hombre de Lagoa Santa no difería más que en partes individuales del Indio de nuestros días: el uno y el otro pertenecían al mismo tipo.

Habiendo planteado así esta cuestión, una de las principales de la materia, porque ella es discutible, Hrdlicka pasa revista á todas las otras y las trata con el mismo rigor científico, pero también con el mismo escepticismo. No pudiendo seguirle en esta larga y sabia información, que es necesario leer íntegramente para apreciar su valor, nos limitaremos á decir que ha inspeccionado las más importantes excavaciones hechas ó dirigidas por Ameghino, que le ha dado

para ésto todo el concurso posible, que ha estudiado la mayor parte de las piezas mismas sobre las cuales el sabio profesor argentino ha fundado sus célebres tesis sobre la existencia, en la Argentina, en la época terciaria, del *Homo Pam-paens*, que tendría caracteres únicos símicos y que sería, sin duda por eso mismo, el más antiguo representante del género *Homo*, sobre el *Diprothomo Platensis* que precedió á este último y que floreció en la época del Plioceno inferior; y, en fin, sobre el *Tetraprothomo Argentinus*, precursor del *Diprot-homo* que vivió en el piso del Mioceno superior.

Resulta de esta larga, sabía, y digamos también, concienzuda información, llevada á cabo durante muchos meses, con el concurso de aquellos á quienes interesaba más que á Hrdlicka y sus colaboradores del Bureau de Etnología, que no hay una sola de las muestras conocidas de los restos atribuidos al hombre paleolítico en la América del Sur, que pueda resistir un examen crítico serio, tanto desde el punto de vista geológico como del de la antropología. Su gran antigüedad, que se cree reconocer en esos restos, no es motivada, según ellos, sino por los informes incompletos sobre las condiciones del descubrimiento de esos restos y por descripciones erróneas de las mismas piezas.

Así pues, los resultados de las dos investigaciones instituidas por el Bureau de Etnología, sobre la cuestión de la antigüedad del hombre americano, son que los hechos establecidos hasta el presente de una manera incontrastable, muestran que desde las más antiguas manifestaciones de su presencia, tales como las revelan los huesos que ha dejado y los despojos de su industria, el hombre americano era semejante á lo que es hoy.

No puede disimularse que este juicio final corte una gran cuestión sobre la cual muchos no están todavía de acuerdo. No hay pues, por qué asombrarse de que alguien se pregunte si el que lo ha formulado no se haya apresurado demasiado á dar conclusiones firmes de hechos quién sabe insuficientemente observados, ó no tan numerosos como para justificar la actitud intransigente que ha tomado. Hrdlicka, en efecto, cuyo saber y potencia de trabajo no son discuti-

dos por nadie, no es uno de esos espíritus ardientes que desdennan el arte de los miramientos y que se dejan llevar algunas veces, más allá de los límites que toda investigación científica conducida sabiamente impone á los que á ella se entregan.

Aquí, sin embargo, podemos seguirle paso á paso en sus investigaciones y se ve que las ha dirigido con la prudencia y el cuidado necesario. Ha hecho todo lo que le ha sido posible para aclararse sobre los hechos que tenía que estudiar y lejos de disimular ó de debilitar los argumentos de aquellos á quienes tuvo que combatir las ideas, se ha aplicado á producir las bajo su mejor *aspecto*.

No se sabría, ciertamente, cómo llevar más lejos la conciencia científica.

No hay que olvidar tampoco, que en esta cuestión Hrdlicka tiene tras sí toda la Oficina de Etnología de Washington, la que, en semejante materia, es una autoridad considerable, si no decisiva. ¿Sería posible considerar como aventurada ó como prematura una opinión á la cual se suscriben hombres como los que han prestado su concurso al jefe de la misión, de la cual damos cuenta, como especialmente W. H. Holmes, el eminente Director de esa Oficina de Etnología, donde se ha acumulado millares de piezas relativas al hombre americano, y de donde han salido tantos trabajos que causan la admiración de los especialistas?

Advirtamos, por otra parte, que las conclusiones de la misión Hrdlicka no comprometen el porvenir. Todo lo que ellas expresan es refiriéndose al presente: la prueba de la existencia del hombre paleolítico americano, no está hecha, lo cual no quiere decir que sea imposible. Establecidas, así, las conclusiones de la misión Hrdlicka, son aceptables, aun para aquellos que creen que el hombre americano ha evolucionado en el mismo lugar.

¿Pero, las razones sobre las cuales se fundan esas conclusiones, dejan realmente lugar á una solución diferente? En otros términos ¿los mismos motivos que hacen decir á Hrdlicka que la prueba de la existencia del hombre paleolítico americano no está hecha, no obligan á sostener, si se les ad-

mite, que jamás ha habido en América hombres contemporáneos de las especies extinguidas?

En efecto, el argumento fundamental de Hrdlicka es que todos los despojos huesosos recogidos en las diferentes partes del Nuevo Mundo y que se les atribuye á hombres de una otra época geológica, son sustancialmente idénticos á los que deja el Indio de nuestros días. Sus comparaciones son pues instituidas sobre un tipo único determinado, de allí la conclusión necesaria que tiene adquirida de que todos los Indios del Nuevo Mundo se reducirían á un solo tipo. Pero si esto es así, si el hombre americano, tal como existe hoy, pertenece á una sola formación étnica, no ha evolucionado en el lugar, ha llegado al Nuevo Mundo teniendo ya los caracteres fundamentales que no posee hoy y por consecuencia, ninguna excavación revelará jamás su existencia en una época geológica anterior á la moderna.

¿Será necesario decir que esas ideas no son aceptadas por todos los antropólogos y que muchos las miran como inaceptables? Seguramente no; lo que sí es importante decir es que progresan grandemente y que no está muy lejano el momento en que prevalecerán en los Estados Unidos, por lo menos, donde los elementos indispensables para un estudio profundo de esas cuestiones son más numerosos que en ninguna otra parte y donde se le ha prestado una atención particular.

La cuestión de la antigüedad del hombre americano ha pasado por muchas fases. En sus orígenes, cuando solo se tomaba en cuenta el color de la piel y la naturaleza del sistema filosófico, se admitía generalmente que los Indios del Nuevo Mundo eran de procedencia mongólica, en lo que parece no había falta; pero á medida que se reconoció que las lenguas americanas se diferenciaban considerablemente entre ellas y que los caracteres físicos de los Indios no eran los mismos en todas partes, se abandonó la antigua manera de ver y llevados por la corriente de las ideas transformistas, á las cuales nadie se resistía, numerosos antropologistas se mostraron favorables al sistema de la multiplicidad de los centros de creación ó de evolución. Esta nueva concepción que, por otra parte, no prevaleció enteramente en América,

no estuvo mucho tiempo en boga. El desarrollo considerable que había tomado por todas partes y sobre todo en los Estados Unidos el estudio de las lenguas y de las razas americanas, acabó por dejar ver que esas lenguas y esas razas, en apariencia tan distintas, tenían, las unas como las otras, rasgos comunes, mucho tiempo desapercibidos, que conformaban lo que el color de la piel y la naturaleza del sistema piloso habían indicado ya, y así permitían el reducir á todos los Indios del Nuevo Mundo á un tipo único.

Nosotros no sabríamos extendernos aquí sobre este asunto pero recomendamos á aquellos de nuestros lectores que les interese particularmente, la exposición crítica que le han consagrado recientemente los miembros de la Asociación Antropológica Americana, en la cual nuestro colega, el Dr. Pontrin, ha dado un excelente resumen en la anterior entrega de nuestra Revista. Los sabios americanos más competentes en esas materias han formulado allí los últimos resultados de las investigaciones modernas sobre el gran problema de las primeras poblaciones del Nuevo Mundo, y han demostrado que, además de la coloración de la piel, la textura del pelo y esta semejanza en las facces que recuerda de una manera notable ciertos Tártaros y Japoneses, existen caracteres anatómicos, osteológicos y otros que permiten dar una base científica á la aserción que hay un tipo americano bien caracterizado, tipo que en el estado actual de nuestros conocimientos no se puede relacionar sino á la grande y prolífica descendencia mongólica de la Humanidad.

En vista de todas estas consideraciones, se puede, pues, conceder que si Hrdlicka y sus colaboradores no se han engañado en la investigación que les fué confiada, y de la cual nos han dado á conocer las diferentes fases, tienen razón de decir que no existe ninguna prueba decisiva de que el suelo del Nuevo Mundo haya alimentado hombres en la época paleolítica. Pero, no hay que temer el agregar que si esta prueba se produce algún día, tendrá por consecuencia arruinar completamente la teoría sobre los orígenes de los Indios del Nuevo Mundo, á la cual conducen todas las investigaciones de los sabios americanos.